



Bienvenue au
**Scriptorial
d'Avranches**

Le musée
des manuscrits
du Mont-Saint-Michel



De archivos, museos y turismo cultural

José María Fernández Hevia

La sociedad de la información abrirá sin duda nuevos campos a los archivos; su visibilidad se verá aumentada por innovadoras formas de difundir sus documentos; y todo ello *sin salir de casa*, tal y como suele decirse. No obstante, en otros ámbitos su presencia seguirá siendo testimonial; entre ellos el del tiempo libre, importante en una *sociedad del bienestar* que reserva a sus ciudadanos significativas parcelas de ocio para su disfrute, su formación o el ejercicio indolente de su derecho a perder el tiempo. Un vacío llamativo, considerando la importancia cobrada por un turismo cultural integrador de todo tipo de ofertas; entre ellas, las provenientes de museos, centros de interpretación y visitas a monumentos o yacimientos arqueológicos.

En este trabajo exploraremos una posible vía de inclusión de los archivos en el turismo cultural: la de potenciar su función comunicativa a través de exposiciones estables que pongan en valor sus recursos; en suma, lo que pudiera denominarse su *musealización*. La propuesta no carece de importancia, teniendo en cuenta el papel de dinamización social jugado por los

museos. El recientemente inaugurado Museo de los manuscritos del Mont-Saint-Michel (Avranches, Normandía), creado a partir de un fondo bibliográfico de gestión municipal, será tomado como ejemplo peculiar de comunicación de un patrimonio perfectamente extrapolable al documental. Pero para ello, como para todo, convendría empezar por el principio.

El Archivo como oferta de turismo cultural: un mal punto de partida

No somos nadie

Según las últimas encuestas de hábitos y prácticas culturales en España, los usuarios de los archivos suponen el 3,9% de la población; un número aún lejano al de los asiduos a otros referentes del ocio cultural, como monumentos (34,1%), museos (31%), exposiciones (24,7%), zoos (20,2%), teatros (19,1%), bibliotecas (17,6%), yacimientos arqueológicos (13%) o conciertos de música clásica (8,4%) y moderna (26,4%); más grave parece aún que tres de cada cuatro de nuestros visitantes acaben saliendo peor que entraron; es decir, con una opinión negativa. Números cantan: cualquier actuación que pretenda incluir a los



archivos en el turismo cultural, debe asumir este triste punto de partida; la ampliación del número de usuarios será imposible sin la difusión de una oferta clara y atractiva respecto a lo que se quiere y se puede comunicar, una mejora de la calidad de los servicios y, sobre todo, de la imagen que los archivos ofrecen al exterior.

La imagen del archivo: viaje al fin de la burocracia

Desde una perspectiva cínica, la consabida invisibilidad de los archivos parece incluso preferible a la imagen lóbrega y -por qué no decirlo- repulsiva que éstos nunca han dejado de proyectar del todo. Percepciones inevitables dada la tradicional negligencia de la administración hacia sus *papeles* y su opacidad frente a los *ciudadanos*, sustantivo que conviene recordar no deja de ser un neologismo en España.

Los archivos han sido invisibles porque muchas veces ni siquiera han llegado a existir como tales; y de existir, ni se ha podido o querido enseñarlos: su público ha estado además limitado, de manera inexorable y natural, a la significada tribu de los

investigadores profesionales; y aunque en los últimos años haya habido una evidente apertura, desarrollada de manera más o menos displicente, ésta no ha alcanzado sino muy recientemente al conjunto de la población. Mejoras en cualquier caso que no han impedido que el imaginario de los archivos siga oscilando entre la nada y la mala imagen, reflejo de una administración retratada habitualmente como un cúmulo de papeleo e ineficiencia: archivos como fin de la burocracia, en sus variantes de almacén, limbo o cementerio.

Es sin embargo posible remontar esta situación: los museos solo han culminado recientemente un largo camino de construcción de una imagen lastrada por unos supuestos similares: orientación a minorías, elitismo y diletantismo; y de lugares donde se escenificaba poco más que un rito de paso dentro del aprendizaje del gusto burgués -o un paso seguro al aburrimiento-, se han transformado en instituciones de elevada consideración social y alta rentabilidad política, perfectamente integradas en el turismo cultural. Nada impide que los archivos puedan emular esta trayectoria: las características específicas de la



información contenida en sus fondos, las oportunidades ofrecidas por las nuevas tecnologías de la información, los esfuerzos por poner al usuario en el centro de sus procesos de trabajo y la puesta en práctica de medidas de comunicación eficaces, son factores clave para lograr una imagen más abierta y amable.

Una memoria introspectiva

Archivos y museos compiten en su pretensión de distinguirse como *lugares de la memoria*: instituciones permanentes, sin ánimo de lucro y con vocación de servicio público, los archivos mantienen además de sus funciones de garantías de derechos una finalidad de conservación, investigación y apoyo a la cultura, así como de comunicación y puesta en servicio de sus contenidos. La principal diferencia es que mientras los museos están *diseñados para mostrar*, los archivos parecen haber estado *concebidos para ocultar*. La comparación no es injusta, dada su utilización habitual y primaria para la defensa de los intereses patrimoniales y corporativos de sus poseedores o para la invención,

justificación o fortalecimiento de identidades e ideologías.

Esta repetida alusión a los archivos como lugares de la memoria, suele no obstante obviar las particulares características de estos lugares, así como del peculiar tipo de memoria que albergan, a espaldas en cierta medida de su entorno. La escasa importancia otorgada al usuario externo parece haber sido consustancial a los archivos, nunca creados para ser exhibidos ni como fruto de la voluntad de satisfacción de un placer estético, un instinto de apropiación o una utilidad cultural inmediata. Estructuralmente rígidos, los archivos sólo pueden ofrecer informaciones sujetas a determinados patrones –lugares, personas y actos bajo el ámbito competencial de la organización titular-, así como tipos y formatos de documentos muy específicos. Están además generalmente sujetos a restricciones legales y organizativas de acceso, que condicionan su comunicación. A todo ello, debe añadirse la mayor de las dificultades: su endémica escasez de recursos, que dificulta o imposibilita a menudo cualquier actividad comunicativa continuada de una cierta entidad.



Por si esto fuera poco, los documentos de archivo parecen contar además con un escaso poder de seducción. Salvo aquellos significativamente denominados como *materiales especiales*, como las fotografías -instintivamente atrayentes por su poder evocador-, o algunos documentos gráficos o audiovisuales, pocos documentos de archivo pudieran calificarse verdaderamente como atractivos: no entran precisamente por los ojos -se trata de objetos bidimensionales, carentes de relieve-; son más bien hoscos, cerrados en sí mismos -en sus libros, cajas o carpetas-; hay que ir sacándoles las cosas -de estructura secuencial, sólo pueden exhibirse parcialmente-; cuando al final se sueltan, pueden ser repetitivos -véase sin más el expediente-, o mas bien aburridos -mucho letra, poco *santo*-; en general, acaban siendo un poco cargantes -codificados mediante el lenguaje, exigen un trabajo de lectura e interpretación más o menos fatigoso-. En fin, que hay que saber entenderlos, requieren atención, esfuerzo y por todo ello, y a pesar de todas las buenas intenciones, parece difícil que se les aguante durante mucho tiempo. O no. La experiencia del museo de

manuscritos de Avranches pretende romper con buena parte de estos supuestos: *le voici*.

El Scriptorial de Avranches

La población

Asentada en lo alto de un espolón que domina la bahía del Mont-Saint-Michel, Avranches no deja de ser, a pesar de su carácter de capital de distrito, una pequeña villa normanda de poco más de 8000 habitantes; en su comarca tienen un peso específico predominante pequeñas empresas de servicios y aquellas explotaciones ganaderas que han resistido la reconversión del sector.

Pese a haber sufrido importantes destrucciones durante la segunda guerra mundial, la villa conserva un casco antiguo armónico, en el que destacan las calles que ligan sus edificios medievales más representativos -el antiguo palacio episcopal y el castillo-, con un conjunto de plazas que forman su centro administrativo: la Littré, que honra al autor del diccionario normativo de la lengua francesa, oriundo de la comarca; la dedicada al general napoleónico Valhubert, natural asimismo de



Avranches; y la de Saint Aubert, en memoria del fundador de la abadía del Mont-Saint-Michel, que ejerció aquí su episcopado. El conjunto irradia un clasicismo que refleja bastante bien el carácter tradicional de la población, envuelta en un sosiego sólo perturbado ocasionalmente por conciertos y pseudobotellones organizados cerca de los jardines del obispado.

Orgullo de la villa, por encima de su catedral neogótica y de sus museos -el municipal de arte e historia y el que ilustra el fulgurante avance del ejército de Patton en 1944-, es su centenario jardín botánico, ya evocado por Maupassant: desde su mirador, y rodeados por heliotropos, azulejos y un telescopio de pago, miles de visitantes pertrechados con cámaras digitales rinden tributo a la prodigiosa visión del Mont-Saint-Michel antes de darse un homenaje en los restaurantes vecinos.

Es en este marco en el que se inauguró en 2006 el nuevo *Museo de los Manuscritos del Mont-Saint-Michel*, con la misión de consolidar a la comarca como destino turístico estable, proyectando para ello como imagen de marca la histórica relación existente entre Avranches y la abadía. Una tentación inevitable, teniendo en cuenta

la cercanía de este destino turístico de primer orden, receptor de más de tres millones de visitantes anuales; también, considerando el relativamente elevado porcentaje de desempleo local, que ronda el 11%.

El museo

Construido en el recinto del castillo medieval que preside la villa con materiales modernos -hormigón, vidrio y zinc-, el museo cuenta con más de 1500 m² de superficie útil; unos 230 metros lineales de espacio museográfico; un salón de actos, una sala de exposiciones y una tienda. Su coste fue de unos cinco millones de euros, 40% de los cuales a cargo de fondos europeos y 20% costeados por el presupuesto municipal.

Con unas previsiones de unos 70000 visitantes anuales, la principal baza del museo es la exhibición de la colección de manuscritos medievales de la abadía del Mont-Saint-Michel, cedida por el Estado a Avranches en 1791 y custodiados en la biblioteca ubicada en el consistorio; el fondo documental del monasterio se conservó en el archivo provincial de Saint-Lô hasta junio de 1944, fecha en la que desapareció en el

Saint-Lô, 1944



particular apocalipsis de la ciudad, arrasada por los bombardeos preparatorios del desembarco de las tropas aliadas (*vid. foto*); solo ha llegado a nuestros días el cartulario actualmente conservado en la biblioteca de Avranches.

Además de la exposición permanente –que como se verá más adelante, no lo será del todo–, el museo programa también otras temporales; mantiene líneas de digitalización y de edición de facsímiles y libros directamente relacionados con el patrimonio bibliográfico y documental; cuenta con un taller de artes plásticas, en colaboración con la escuela municipal de Bellas Artes; y, tal y como es tradición en Francia, dispone de un activo servicio educativo, encargado de dinamizar las relaciones entre el museo y la comunidad educativa.

La propuesta museográfica

Su diseño pretende evocar la ascensión de los peregrinos a la abadía, realizada en este caso –faltaría más– por mediación de una suave rampa; el entorno está marcado por la austeridad de los muros y techos de hormigón, casi desnudos de toda ornamentación; el

carácter iniciático está presente en todo el discurso expositivo, concebido como una serie de etapas que enseñan al visitante a entender los manuscritos: las primeras, explican la relación histórica entre Avranches y el Mont-Saint-Michel; las finales, el proceso de fabricación de los manuscritos y su significado.

El itinerario repite una estructura común: un diálogo entre paneles explicativos –que incluyen textos, imágenes y material audiovisual–, y unos objetos auxiliares expuestos en vitrinas, fundamentalmente restos arqueológicos, maquetas, copias y facsímiles de documentos. Los paneles están diseñados a dos alturas, con un nivel específico destinado al público infantil, que con un grafismo a medio camino entre el cómic y las miniaturas medievales, se adapta a los contenidos del temario escolar. Distintas pantallas táctiles repartidas a lo largo del itinerario ofrecen la posibilidad de ampliar datos de cada uno de los asuntos; los más pequeños pueden hacer lo propio mediante juegos y documentales concebidos para ellos. La parte dedicada a explicar la fabricación de los manuscritos está ilustrada con útiles, pigmentos y componentes para la fabricación de tintas y pergaminos;



también por pequeños documentales de hermosa factura y perfil divulgativo sobre los diversos trabajos vinculados a libros y manuscritos: caligrafía, iluminación, elaboración del papel, funcionamiento de una imprenta y labores de restauración.

Convenientemente instruido, el visitante está ya por fin preparado para traspasar el umbral: a través de una pasarela, abandona el espacio abierto, luminoso y aséptico hasta ahora recorrido para entrar en otro cerrado y dramatizado que impulsa al respeto y al recogimiento: una minúscula sala circular en penumbra, en la que los únicos y pálidos puntos de luz son los reflejados por las vitrinas que exhiben una veintena de manuscritos y las pequeñas aberturas que cuajan su cúpula y que pretenden simbolizar un cielo estrellado. Tras contemplar las reliquias en su *sancta sanctorum* y atravesar la sala de exposiciones temporales, el visitante es conducido a la tienda del museo, donde podrá dar rienda suelta a sus pulsiones consumistas.

Vías de inclusión del patrimonio documental en el turismo cultural

Los archivos aportan información de primera mano, original, única y exhaustiva sobre un territorio o comunidad determinados que ningún otro tipo de centro está en condiciones de ofrecer. Con esta materia prima, y en conjunción con otros documentos y objetos de otras procedencias, pueden articularse discursos expositivos coherentes y atractivos para un público deseoso de conjugar aprendizaje y entretenimiento. Una posibilidad generalmente desaprovechada por falta de medios.

El museo de Avranches aporta ideas para dar visibilidad al patrimonio documental y paliar estas carencias; institucionalmente, su creación supone una diversificación en la gestión del patrimonio cultural municipal, repartida entre un centro conservador y un centro comunicador; el primero cede temporal y rotatoriamente parte de sus fondos al segundo, que actúa en cierta medida como su centro de interpretación y sala de exposiciones particular; y a la vez, como caja de resonancia para la divulgación del patrimonio municipal, al que pone en valor desde el punto de



vista de la captación del turismo. Todas las áreas implicadas –sección de fondo antiguo bibliográfico, museo de arte e historia y museo de manuscritos-, dependen orgánicamente del servicio municipal de museos y patrimonio. Existen pues unos recursos compartidos, tanto humanos como operativos, respecto a la formación y mantenimiento de la colección. La promoción del museo está también a cargo de los correspondientes servicios municipales.

El discurso expositivo elimina las limitaciones de exhibición propias al patrimonio documental, otorgando un mayor peso específico a los elementos interpretativos y divulgadores que a los propios documentos objeto de exposición; estrategia similar a las desarrolladas para ámbitos de difícil comprensión o con especiales necesidades de ser adecuadamente contextualizados para un público no iniciado –zonas arqueológicas, o centros de interpretación en general-. Las características de la exposición, renovada trimestralmente, redundan en una mejor conservación y en que se abra la posibilidad de realizar diferentes exposiciones de carácter temático.

La vocación del museo es evidentemente generalista, intentando captar a la vez a los turistas atraídos por el Mont-Saint-Michel y al sector educativo, cuya presencia fomenta mediante sus departamentos de educación y artes plásticas.

Recursos compartidos por servicios especializados que crean sinergias; una oferta dinámica, renovada periódicamente; combinación de exposiciones permanentes y temporales; utilización de técnicas de exposición predominantemente interpretativas; un diseño institucional original para conjugar conservación y comunicación, no son sino algunos de los criterios seguidos para la puesta en valor de un patrimonio bibliográfico muy específico, completamente asimilable al documental; cuestiones en cualquier caso perfectamente aplicables a los archivos para que éstos puedan articular estrategias expositivas que ayuden a comunicar sus fondos, sus funciones y su misión al conjunto de los ciudadanos.

